

En un ensayo revelador sobre el papel que cumple la religión en el funcionamiento de la dinámica cultural y en el conocimiento del ordenamiento lógico de las sociedades, Roger Scruton, planteaba la necesidad que tenemos los seres humanos de darle expresión “segura y sincera” a los sentimientos que la vida requiere. Eso implica y presupone que la manera en la cual sentimos y sobre las cosas o situaciones que lo hacemos, están dispuestas de antemano por la cultura común de la cual dependemos y a la que estamos adscritos. Esta adscripción brinda posibilidad de articular eficientemente el desempeño individual en nuestro entorno cultural crea la zona de seguridad, de confort, donde acaecen procederes sociales y éticos materializados objetivamente en gestos, palabras, planes, conductas y proyectos. De esta manera fundamos una imagen representativa del mundo que habitamos, y un comportamiento frente a él basados en el sentimiento de pacto y compromiso social, de congruencia y sensatez cultural.

Sin embargo, estos postulados se tambalean ante la complejidad que vive el país, vivimos un presente sometido a un agudo grado de perturbaciones e incertidumbres que, a todas luces, no es natural. La situación hace crujir el estado de armonía y socialización nacional, desplegando un clima de angustia y confrontación que contamina la totalidad de los oficios y espacios de la sociedad. Ejemplo prototípico de ello es la Universidad. La convivencia y socialización que hacemos en estos recintos recrea, de manera muy similar, el acuerdo armónico que se produce en la sociedad, con la diferencia de que sus elementos formales de institucionalidad prescriben una coexistencia con un mayor grado de seriedad y sinceridad, sin por ello dejar ser afable y cordial, pero, como era de esperar, nuestras instituciones, que son enclaves sistémicos vitales de la sociedad, se resienten de esta atmósfera de discrepancia que polariza a la sociedad venezolana.

El problema dentro de los espacios universitarios luce difícil, complicado y, vale decir, queda rezagado a un plano de insignificancia tal, que no es aventurado afirmar que influye negativamente en la producción adecuada de las tareas universitarias. El desbarajuste que aqueja a nuestra sociedad emponzoña a la educación superior, no se puede estar exento de las consecuencias infaustas que nos ha arrimado un hoy inédito, plagado de conflictos que nunca antes habíamos padecido.

Si el desempeño de la sociedad cruje ante el ataque y el arrebato constante de un estado de conmoción instalado con persistencia bajo un trance de choque, pues entonces, no podríamos los universitarios dejar de resentirnos por las mismas causas y por las variantes que cuajan, a raíz de tales lodos, en los terrenos que transitamos.

De nuestras obligaciones frente a los requerimientos universitarios surge una especial anomalía que tiene como principales impulsores, en primer lugar, el desencanto ante las expectativas que se forjaron en la formación profesional y, en segundo lugar, un giro defensivo ante la angustia una situación económica atroz que obliga a buscar fuentes de financiamiento alterno en la búsqueda de campear una circunstancia agobiante. Esto está haciendo perder de vista una prioridad que, por su principalía y obviedad, resulta casi penoso escribirla: la correcta actuación en los cargos universitarios, el desempeño apropiado y correcto de las responsabilidades que nos conciernen.

¿A qué me refiero? Evidentemente al hecho de consagrarnos mental y físicamente a las diversas fases de los roles para los que estamos destinados. No solamente acudir a dictar con premura las clases que en el horario nos han asignado, asignaturas a veces dictadas con la urgencia de quien, colmado de quehaceres, corre el riesgo de no cumplirlos a cabalidad pues son muchas las obligaciones de un docente universitario, obligaciones que no se agotan, que no se limitan tan solo a su actuación en el aula. Para decirlo con otras palabras, percibo la sensación de que actuamos en el mínimo requerido para mantener el proceso académico universitario. Si no es así entonces como podemos conciliar el hecho de que exista una multiplicidad de profesores desempeñando varios empleos, desgastándose en una carrera angustiada por conseguir cubrir lo que ya no se puede lograr con los sueldos universitarios. ¿Por qué la cada vez más pronunciada fuga de docentes a universidades en el exterior o hacia la empresa privada? ¿A qué se debe el florecimiento de un mercado oculto, alterno y furtivo que redacta y elabora, para estudiantes de maestría o doctorado, las tesis que les permiten graduarse sin esfuerzo intelectual? Cómo se explica un muy visible menor nivel de exigencia en las contrataciones docentes que se realizan en estas instituciones, de paso, sin la claridad y transparencia requerida. A qué causa atribuir la pérdida progresiva de la pertenencia, de la identificación institucional, producto de un estado de ánimo que trasluce decepción y cansancio. ¿Cuál es la razón de que los estudios de maestría o doctorado emprendidos por los docentes, en su gran mayoría, no responden a las necesidades de su saber, de su profesión? ¿Por qué razón los estudios de cuarto nivel han derivado en la urgente necesidad de lograr, prin-

cialmente, un aumento salarial, un ascenso? Lo que se advierte es el ahogo producto de una solución rápida, el estudiar y coronar cualquier título aunque no apunte al interés, a la lógica concatenación de la línea profesional en la cual nos formamos, es decir ya no hay un “proceso” de formación intelectual, ahora estamos ante un albur lleno de incertidumbre, ante el oportunismo de la primera oferta que se nos presente porque lo que importa es ascender, lograr un incremento del salario a toda costa.

Es ésta una conducta hasta cierto punto lógica, no la juzgo porque la veo como una consecuencia de ese estado de conmoción general al que estamos sometidos, pero también he de decir que es un ocaso, una declinación peligrosa, casi suicida. El empobrecimiento material deja huella, crea otro tipo de empobrecimiento más peligroso porque es de consecuencias nacionales, ya que aniquila con las potencialidades profesionales del sector que debería ahondar, día a día, en la adquisición de los saberes especializados que reclama Venezuela.

Todo esto y tal vez otras conductas que no se esperan de la docencia en situaciones normales, aquejan y limitan en el presente la esperanza de encontrar un ritmo, un balance que pueda afinar y armonizar el ejercicio de nuestras responsabilidades con los relatos cada vez más aciagos que vienen de la mano con la realidad.

El problema es realmente difícil, por cualquier lado que lo abordemos siempre va a generar un reporte de daños. El contexto universitario está herido y supura frustraciones, reveses, desengaños e infortunios. Como problema no depende de sí mismo, es decir, no está únicamente en las manos del sector universitario mejorar la situación derivada de una coyuntura nacional y política que no solo la excede sino que, además, ha hecho de éste un segmento hostil, rebelde e incómodo en sus expresiones más reconocidas, así pues es prácticamente nula la probabilidad de que el aporte universitario, su voz, sea tomada en cuenta para la resolución de lo que aqueja a toda una nación, un país ahogado en el narcisismo fanático de vetustas ideologías que se atiborra de poder sectario, incontrolable y plagado de vicios consiguiendo únicamente eructar enormes fracasos.

¿Qué hacer ante lo incontrolable? ¿Cómo resguardarnos de este huracán de indigencias que no deja nada en pie? Son preguntas insondables. No hay respuestas certeras, solo se pueden aventurar suposiciones sin ningún piso real, las cuales funcionan de la misma forma y con las mismas probabilidades de si tratáramos de encender una vela en el clímax

de una tormenta. La intemperie es abrumadora en estos momentos. Lo único cierto que podemos sacar en claro es intentar entender cómo esto nos ha afectado, radiografiar qué complejos y neurosis nos ha provocado este escenario grotesco, tratar de rastrear lo anómalo que en nuestras mentes y comportamientos se ha engendrado de manera irregular.

Solo me viene a la mente una respuesta, una declaración que se me antoja preñada de inocencia, un intento de plantear algo tan sencillo como, quizás, inocente: rescatar la “virtud”, reflexionar y cuestionarnos sobre nuestro saber de “qué hacer”. Y este “qué hacer” es poseer una visión clara de los fines para los que estamos hechos. Saber qué hacer, apuntó Aristóteles, es cuestión de un juicio recto, pero también entraña sentir correctamente. La virtud de la persona se evidencia en un “saber qué sentir”, lo cual significa actuar con la emoción adecuada hacia el objeto adecuado, en la ocasión adecuada y en el grado adecuado. Para el docente universitario este es reto capital y propicio a su oficio. Nuestra reflexión moral debe poseer el mismo grado de certidumbre emocional, que los conocimientos que exhibimos en nuestras profesiones, esta certidumbre es un don de la cultura y de la visión superior creada por la cultura. Nos toca enfrentar este desafío inmenso, elevarnos por encima del común, aplicar la razón y el conocimiento de punta para el que fuimos preparados y así elucidar un camino que pueda ser un ejemplo a seguir para el colectivo social. Tenemos que domeñar nuestras emociones porque la virtud está compenetrada con una educación de las emociones.

Nada de lo anterior es fácil de lograr, por el contrario, se me antoja lo más difícil de alcanzar en estos momentos en que la realidad despedaza nuestras certezas, tiempos que nos han sumido en la indigencia no solo material sino, más lamentablemente aún, en una penuria moral. ¿Cómo, de qué manera, sobreponerse a las carencias materiales que nos acosan y nos ahogan, e incluso así, salir indemnes moralmente? ¿Cómo cumplir a cabalidad nuestras responsabilidades si debemos multiplicarnos y desmembrarnos para poder sobrevivir, para poder llevar algo, de lo poco que se consigue, a nuestros hijos y a nuestros hogares? Preguntas como estas deben ser parte de los desasosiegos que subyacen en algún recóndito espacio de la conciencia, que subyacen asordinadas como habitantes de un hondo sustrato ético de nuestro ser, sin que las contrariedades, los agobios y las aflicciones puedan destruirlo. Si aún existe este tipo de capital moral, debemos cuidarlo celosamente porque de él depende poder resurgir ante la adversidad.

Séneca afirmaba que en tiempos difíciles cuando todo alrededor de nosotros parece derrumbarse no tenemos más recurso que nuestra vida interior. Su voz retumba intemporal: “No permitas que te conquiste nada excepto tu propia alma.”

José J. Quintero Delgado